



CAPÍTULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña Doña Rodríguez.

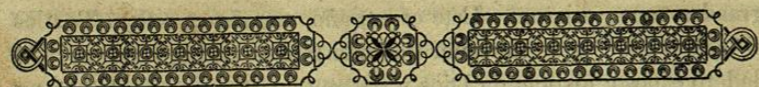


O quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del Gobierno que le dieron, y mas, que aquel mesmo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias: y finalmente les encareció el asalto de la Ínsula, y el miedo de Sancho y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues desto cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada, y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos cómo se habia de avenir con Don Quijote para vencerle sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á Don Quijote, que no permitia la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo Concilio, que prohibe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo que su Escelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedeceria en todo. Llegado pues el temeroso dia, y habiendo mandado el Duque, que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadalso, donde estuviesen los jueces del campo y las dueñas, madre y hija demandantes, habia acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian, ni los que habian muerto. El primero que entró en el campo y estacada fué el Maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algun engaño, ni otra cosa encubierta donde se tropezase y cayese: luego entraron las dueñas y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y aun hasta los pechos; con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza sobre un

poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambrado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho y de color tordillo: de cada mano y pié le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor, de cómo se habia de portar con el valeroso Don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por escusar el peligro de su muerte, que estaba cierto, si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedia: llamó el Maese de Campo á Don Quijote, que ya se habia presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló á las dueñas preguntándoles, si consentian que volviese por su derecho Don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese, lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condicion de los combatientes, que si Don Quijote vencía, su contrario se habia de casar con la hija de Doña Rodríguez, y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia sin dar otra satisfaccion alguna. Partióles el Maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los piés la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente Don Quijote, encomendándose de todo su corazon á Dios Nuestro Señor y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que agora diré. Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa muger que habia visto en toda su vida, y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna y ponerla en la lista de sus trofeos, y así llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le embasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte; y púdolo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra y sale por do quie-

re, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues, que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad, y así no atendió al son de la trompeta, como hizo Don Quijote, que apenas la hubo oído, cuando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante partió contra su enemigo, y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces:—Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros: Dios te dé la vitoria, pues llevas la razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á Don Quijote, no se movió un paso de su puesto; antes con grandes voces llamó al Maese de campo, el cual venido á ver lo que queria, le dijo:—Señor, ¿esta batalla no se hace porque yo me case, ó no me case con aquella señora?—Así es, le fué respondido.—Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondría en gran cargo, si pasase adelante en esta batalla, y así digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el Maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose Don Quijote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion por que no se pasaba adelante en la batalla; pero el Maese de campo le fué á declarar lo que Tosilos decia, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde Doña Rodriguez estaba, y dijo á grandes voces:—Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso Don Quijote, y dijo:—Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásen se en hora buena, y pues Dios Nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga. El Duque habia bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos, le dijo:—¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella?—Sí señor, respondió Tosilos.—Él hace muy bien, dijo á esta sazón Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado. Íbase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronse la apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro del lacayo. Viendo lo cual Doña Rodriguez y su hija, dando

grandes voces, dijeron:—Este es engaño, engaño es este, á Tosilos el lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: justicia de Dios y del rey de tanta malicia, por no decir bellaquería.—No vos acuiteis, señoras, dijo Don Quijote, que ni esta es malicia ni es bellaquería, y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decís que es lacayo del Duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El Duque que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo:—Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña: dilatemos el casamiento quince dias, si quieren, y tengamos encerrado á este personage que nos tiene dudosos, en los cuales podria ser, que volviese á su pristina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor Don Quijote, y mas yéndoles tan poco en usar destos embelecos y transformaciones.—¡O señor! dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del Bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora, y así imagino, que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida. A lo que dijo la hija de Rodriguez:—Séase quien fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que mas quiero ser muger legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese, hasta ver en que paraba su transformacion. Aclamaron todos la vitoria por Don Quijote, y los mas quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los moachos quedan tristes, cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado, ó la parte, ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y Don Quijote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron Doña Rodriguez y su hija contentísimas de ver que, por una via ó por otra, aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.



CAPÍTULO LVII.

Que trata de como Don Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.



A le pareció á Don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacian, y pareciale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y así pidió un día licencia á los Duques para partirse. Diéronselas con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la Duquesa las cartas de su muger á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo:—¿Quién pensara que esperanzas tan grandes, como las que en el pecho de mi muger Teresa Panza engendraron las nuevas de mi Gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo Don Quijote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver, que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la Duquesa, que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el Gobierno, cuando ella las envió, y está puesto en razon, que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el Gobierno y salgo desnudo de él, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pensaba entre sí Sancho el día de la partida, y saliendo Don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimesmo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y



repuesto contentísimo, porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabia Don Quijote. Estando como queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:—

Escucha, mal caballero,
Deten un poco las riendas,
No fatigues las hijadas
De tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
De alguna serpiente fiera,
Sino de una corderilla,
Que está muy lejos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
La mas hermosa doncella
Que Diana vió en sus montes,
Que Vénus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Tú llevas ¡llevar impío!
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada tierna.
Llévaste tres tocadores
Y unas ligas de unas piernas
Que al mármol puro¹ se igualan
En lisas, blancas y negras².
Llévaste dos mil suspiros,
Que á ser de fuego, pudieran
Abrasar á dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

¹ Así se lee en la primera impresion y en las demas; pero los buenos escritores del tiempo de Cervantes decian *mármol puro ó pario*, con alusion, al mármol esquisito y famoso, que se sacaba de las canteras de la isla de Páros.

² Así dicen todas las ediciones, inclusa la primera. La contradiccion entre *piernas blancas y negras*, es manifesta. ¿Quién duda se evitaria suponiendo que en el original se leyese *blancas y ter-sas*? A no ser que disparatase de propósito el autor.

De ese Sancho tu escudero,
 Las entrañas sean tan tercas
 Y tan duras, que no salga
 De su encanto Dulcinea.
 De la culpa que tú tienes,
 Lleve la triste la pena:
 Que justos por pecadores
 Tal vez pagan en mi tierra.
 Tus mas finas aventuras
 En desventuras se vuelvan,
 En sueños tus pasatiempos,
 En olvidos tus firmezas.
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso,
 Desde Sevilla á Marchena,
 Desde Granada hasta Loja,
 De Lóndres á Inglaterra.
 Si jugares al reinado,
 Los cientos, ó la primera,
 Los Reyes huyan de tí,
 Ases, ni siete no veas.
 Si te cortares los callos,
 Sangre las heridas viertan,
 Y quédente los raigones,
 Si te sacares las muelas.
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo:—Por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro, que me digas una verdad: dime, ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió:—Los tres tocadores sí llevo: pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas: y como no estaba advertida desta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el

donaire, y dijo:—No me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os háyais atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas, si no yo os desafío á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni münden el rostro, como han hecho en el de Tosílos mi lacayo, el que entró con vos en batalla.—No quiera Dios, respondió Don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene: las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni él tampoco, y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jamas he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no tengo culpa, y así no tengo de qué pedirle perdon, ni á ella, ni á Vuestra Escelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino.—Déosle Dios tan bueno, dijo la Duquesa, señor Don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechorías, y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumentáis el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo, que de aquí adelante no se desmande con la vista, ni con las palabras.—Una no mas quiero que me escuches, ó valeroso Don Quijote, dijo entonces Altisidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caído en el descuido del que yendo sobre el asno, le buscaba.—No lo dije yo, dijo Sancho, boninico soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion en mi Gobierno. Abajó la cabeza Don Quijote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

ell m